



**AGROECOLOGÍA:
DESAFÍOS Y TENSIONES
FRENTE A UN PARADIGMA
EN CRECIMIENTO**

2

**“DESDE LA DIVERSIDAD,
CONSTRUIR UNA MAYORÍA
PARA TRANSFORMAR EL
MODELO AGROPECUARIO”**

ENTREVISTA CON:

YANINA SETTEMBRINO



El sector de la agricultura familiar campesina indígena y de la pesca artesanal ha logrado una enorme visibilización frente al conjunto de la sociedad que, de forma creciente, reconoce su rol central en la producción y abastecimiento de alimentos para la población. De esta manera, la noción de “el campo”, hegemónica por sectores concentrados ligados a la exportación de commodities, también se puso en disputa. El sector se encuentra representado por un abanico diverso de organizaciones y actores y, como el conjunto del pueblo trabajador, sufrió con crudeza el castigo de la gestión macrista, así como también fue parte importante de su derrota política. Con la asunción del gobierno del Frente de Todxs, un conjunto importante de compañeros y compañeras que forman parte de organizaciones campesinas asumió roles de gestión en distintos estamentos del Estado. Sobre este proceso, y los desafíos que plantean los caminos de la agroecología y la Soberanía Alimentaria en nuestro país, conversamos extensamente con Yanina Settembrino, militante de la rama rural del Movimiento de Trabajadorxs Excluidxs (MTE Rural) y Subsecretaria de Agricultura Familiar y Desarrollo Territorial (SAFCI – MAGyP).

Entrevista: Facundo Cuesta | **Fotos:** Rodrigo Lendoiro

¿Cómo te gustaría presentarte?

Soy Yanina, soy militante del movimiento campesino latinoamericano, y en Argentina militante del MTE Rural, la rama rural del Movimiento de Trabajadores Excluidos. Creo que eso es lo que más me define.

El sector de la agricultura familiar campesino indígena cobró mucha visibilidad en el último tiempo, pero hasta no hace mucho había una discusión sobre si existía o no el campesinado en Argentina, además de los pueblos originarios, claro. ¿Cómo describirías al sector de la agricultura familiar campesino indígena?

Primero, es un sector profundamente diverso, y ahí está su riqueza y su potencialidad. La agricultura familiar en la Argentina está compuesta por pequeños productores arrendatarios de los cinturones periféricos de las grandes ciudades, por campesinos y campesinas poseedores de tierras de manera ancestral, principalmente en el NOA y NEA, por pueblos originarios que reclaman sus derechos territoriales y también por pequeños y medianos productores, muchos hijos de chacareros que el proceso de concentración del modelo agropecuario hizo que también se vean como un sector en peligro. El proceso de concentración de la tierra va más lento que el proceso de concentración de negocios, de lo que se llama agronegocio, que es aún más concentrado. Eso hace que muchos pequeños y medianos productores empiecen a reconocer que sus intereses tienen mucho que ver con los campesinos y campesinas. Con aquellos que vemos en la tierra un modo de vida, una perspectiva para la juventud, algo para dejar a sus hijos, y no solamente como un espacio donde invertir capital.

El proceso de concentración de la tierra va más lento que el proceso de concentración de negocios, de lo que se llama agronegocio, que es aún más concentrado.

Esa diversidad es la que produce la mayor parte de los alimentos que comemos en la Argentina, y además estamos involucrados en las cadenas exportadoras. Entonces, aquellos que parecen que son “los otros” del campo, en realidad son el corazón del modelo agropecuario argentino. Somos la mayoría del empleo rural, somos la mayoría de las familias que viven en la ruralidad, y somos la mayoría de quienes elegimos un país con inclusión. Y aquellos que en algún momento se piensan como opositores no lo son. Creo que tenemos una deuda que es poder comprender esa diversidad y entender que a partir de ella podemos construir esa mayoría rural que necesitamos para transformar el modelo agropecuario argentino.

Decías “opositores”... ¿Opositores a qué?

Opositores a un proyecto de país con inclusión. A veces se tiende a polarizar y

las polarizaciones en política, excepto en algunos casos particulares, no sirven porque te dan un diagnóstico errado. Creo que ni en la vida, y menos en la política y la sociedad, hay blancos o negros. Pueden haber tipos ideales, pero la realidad y el mundo es mucho más complejo. El riesgo de simplificar es que perdemos la capacidad de ver la diversidad. Me parece que hay que volver a discutir eso: pensar que en lo diverso hay algo rico, y que tenemos que construir intereses coincidentes. Porque cada vez somos más los que nos quedamos afuera, y eso se ve en los censos nacionales, se ve en los números de la pobreza, se ve en la concentración urbana. Todos los que seguimos resistiendo tenemos muchos más puntos en común que unos pocos que concentran los recursos.

Sobre el rol social del sector, que produce la enorme mayoría de los alimentos, ¿cómo ha ido cambiando la percepción de la sociedad?

Muchísimo. Creo que es fruto de la lucha ambiental de hace 20 años para acá. Hoy la discusión sobre lo ambiental no puede ser evadida. Eso involucra a la sociedad en su conjunto, y a partir de ahí también a los alimentos: ¿Qué comemos? ¿Cómo comemos? ¿De dónde sale eso que comemos? ¿Cómo se produce? Empezó a interesarles a todos y todas por algo que los campesinos y campesinas venimos hablando hace tiempo que es la soberanía alimentaria. Se puso

en evidencia la importancia social que tiene la producción de alimentos en el bienestar o en el malestar de una sociedad. Eso cada vez va tomando mayor dimensión y los movimientos campesinos hace mucho tiempo lo venimos diciendo y trabajando, en toda la región y el mundo, a través de organizaciones internacionales campesinas. En la Argentina hoy está en la agenda el tema de los alimentos y el movimiento campesino aportó mucho y sigue aportando a esa discusión.

¿Qué comemos? ¿Cómo comemos? ¿De dónde sale eso que comemos? ¿Cómo se produce? Empezó a interesarles a todos y todas por algo que los campesinos y campesinas venimos hablando hace tiempo que es la soberanía alimentaria.

A veces pareciera que el rol social del sector es hacia adentro: el empleo rural, la población en la ruralidad, el buen vivir de los campesinos y las campesinas, pero hace tiempo que nosotros venimos diciendo que ¡jojo!, que lo que pase con los campesinos y las campesinas pasa con todos y todas; ¡jojo!, que lo que pase con la producción de alimentos no es con nosotros nada más, es con todos.

También es reactivo porque la cadena se ha venido concentrando a todos los niveles y la sociedad empezó a ver los resultados: ambientales, pero también económicos, sociales y políticos. La discusión sobre mercado interno/mercado externo tiene 200 años en Argentina, no es nueva. Va cambiando quizá el modelo, la tecnología, pero es una discusión neurálgica de la constitución del país. Hay que ver la potencia que tiene el movimiento campesino para interconec-

tarse con lo que nosotros llamamos “el pueblo”. Y la gran novedad que significó del 2016 para acá el poder reconocernos como Economía Popular; un campo donde muchos de los movimientos campesinos nos vimos involucrados. Esto habla de esta alianza entre los sectores populares para poder en su momento resistir y hoy intentar construir una alternativa a distintos modelos económicos, sociales y políticos, con una mirada de país inclusivo, donde estos niveles de pobreza e indigencia no pueden ni deben ser tolerados.

Vos sos parte de la gestión de la SAFCI que encabeza Miguel Gómez, junto con todo un grupo de compañeros y compañeras que vienen de las organizaciones. ¿Cómo estaba el sector cuándo asumieron? ¿Cómo dejó el macrismo al sector?

En diciembre de 2019 el sector estaba en emergencia. Veníamos de 4 años de movilización, de mucho vaciamiento del Estado y de las políticas públicas. Un Estado que, por un lado, se corrió de los territorios, de la asistencia técnica, del financiamiento y empezó a hablar de “emprendedores”, pero que siguió estando presente a través de los desalojos y la persecución. Ese fue el Estado entre 2015 y 2019.

Cuando llegamos encontramos una Secretaría con la mitad de su personal despedido, con un conflicto laboral grande y con vaciamiento de políticas. No había



programas activos ni presupuesto ni infraestructura, se habían cerrado sedes y espacios territoriales, el sector estaba muy golpeado. Se había perdido hacía 2 años el monotributo social agropecuario, que significó la vuelta a la informalidad de miles de campesinos y productores, medianos y pequeños, que habían logrado con ese monotributo social agropecuario ir mejorando el proceso de comercialización, de intercambio, e incluso de exportación.

Y después la pandemia...

Otra cachetada con la pandemia. Si bien la agricultura, la pesca o la actividad agropecuaria en general nunca se detuvieron, las compañeras y compañeros sostuvieron las unidades productivas aún a costa de la descapitalización. Porque el que tenía un ahorrito lo sacó y sostuvo, o tuvo que vender cosas para comprar alimento para mantener a los animales. Se habían cerrado la vías de comunicación y no estaban las ferias, que son un punto importante de venta directa, principalmente en el interior. Entonces, la pandemia tuvo costos económicos muy fuertes para el sector y nosotros, desde marzo del 2020, todo lo que tenemos a disposición lo volcamos a recapitalizarlo. A lograr, primero, que productores y productoras no decidan irse del campo a través de programas de asistencia crítica directos, y después fortalecer las cadenas productivas a través de inversión agropecuaria territorializada. Ahí tenés los programas que encontramos sub ejecutados, princi-



palmente de fuente internacional, donde el macrismo había decidido no ejecutar los préstamos que se habían solicitado ya en el 2015. Teníamos la oportunidad de hacerlo, tuvimos que apurar procesos pero con la convicción de que íbamos a poner toda nuestra energía para que esa plata no se perdiera y pudiera llegar a las familias campesinas.

En un contexto muy difícil, porque estábamos conformando un equipo de trabajo y muchas personas se tuvieron que ir a trabajar desde su casa; con un gran compromiso de la mayor parte de los trabajadores del Estado de continuar su tarea a pesar de todo, igual que los campesinos y campesinas. Nosotros estábamos dispuestos a visitar, a conocer, a recorrer, a encontrarnos, y de repente había que quedarse adentro. Tuvimos que recurrir a la videollamada, con grandes dificultades de conectividad en los territorios. Entonces tomamos la decisión de que la Secretaría se territorialice y se divida en zonas productivas.

A pesar de la pandemia sostuvimos los lineamientos que nos habíamos planteado en diciembre de 2019. Con errores, seguramente, pero con la convicción de que para esta Secretaría la prioridad siempre fueron las familias. Nosotros no tuvimos que sentarnos seis meses a pensar las políticas, ya sabíamos lo que había que hacer y no porque seamos muy inteligentes, sino porque en nuestro acumulado hay una inteligencia colectiva que se puso en juego a la hora de definir cuáles eran las políticas que íbamos a llevar adelante aquí adentro.

Se están cumpliendo 25 años de la aprobación del primer evento transgénico en la Argentina, que es un hito en el camino de la revolución verde en nuestro país. ¿Cómo fue esa revolución verde para el sector de la agricultura familiar campesino indígena?

Para mí, en los periurbanos esto se ve muy claro. Capaz que los sectores campesinos más dispersos son más tradicionales, incluso pueblos originarios, y esto no permeó tan profundo porque hay algunas alternativas; pero en los periurbanos hoy se ve claro que esa revolución verde para el sector significa formar parte de lo que se llama una cadena global de valor.

Nuestras campesinas y campesinos producen valor, producen alimentos que se venden en el mercado interno, pero esa riqueza es expropiada a través de dos puntos de la cadena concentrada: uno a través de los insumos dolarizados, como las semillas, y a través de la cadena de comercialización, muchas de las cuales remiten ganancias al exterior. El valor lo producen nuestros compañeros con su trabajo en el territorio, pero ese valor se expropia y se acumula en los extremos de la cadena.

A pesar de la pandemia sostuvimos los lineamientos que nos habíamos planteado en diciembre de 2019. Con errores, seguramente, pero con la convicción de que para esta Secretaría la prioridad siempre fueron las familias.

Esto no hubiese sido posible sin la revolución verde, sin generar todo el paquete tecnológico que permite, justamente, hacer esa transferencia de valor. Si la agricultura es mejoramiento genético, de cómo el ser humano fue seleccionando y mejorando especies, ahora lo que sucede en la revolución verde es la apropiación de eso y la mercantilización de todo con muy pocos dueños, cuando ese mejoramiento genético que ha tenido la agricultura durante miles de años era producción cultural colectiva y comunitaria. Lo que aparece con la revolución verde es la privatización de algo que era una inteligencia común, un logro común. Además de otras cosas, como la utilización de insumos perjudicia-

El valor lo producen nuestros compañeros con su trabajo en el territorio, pero ese valor se expropia y se acumula en los extremos de la cadena.

les para la salud de las personas, que afectan al medio ambiente y son parte de ese paquete, pero que son parte también de esto que permite la extracción de valor a los campesinos y a las campesinas.

Para nosotros, cuando hablamos de sustentabilidad o de agroecología no estamos hablando sólo de una práctica productiva, es una forma de pensar, de vivir y de diseñar: planificando para las generaciones que vienen. La sustentabilidad no es solamente ambiental, también es social y económica.

Para nosotros, cuando hablamos de sustentabilidad o de agroecología no estamos hablando sólo de una práctica productiva, es una forma de pensar, de vivir y de diseñar: planificando para las generaciones que vienen. La sustentabilidad no es solamente ambiental, también es social y económica.

Esto contrasta con una imagen medio bucólica de “el campesino en la tierra” que se tiene desde las ciudades, ¿no? Y sin embargo, en los periurbanos sucede esta brutalidad como decís, esta expropiación, con exposición a agrotóxicos, sin acceso a la tierra y mínimos derechos para la dignidad. Todo en paralelo a un mayor reconocimiento social y político a un sector que aún así provee la mayor parte de los alimentos.

Por supuesto. Los trabajadores están exponiendo su vida todos los días. La primera vida que está en contacto con esa sustancia nociva es la del campesino y la campesina, del trabajador rural, sus familias. Y eso también nos preocupa porque la salud es parte de la discusión. Por eso digo que para nosotros lo agroecológico no es solamente un cambio de la técnica productiva, es una visión integral sobre el modelo agropecuario. Sobre quiénes producen, cómo viven esas personas, cómo viven sus familias, cuál es su perspectiva a futuro, dónde viven, si quieren vivir ahí, cuántas horas trabajan, qué pasa si se lastiman... Ese es un ejercicio que hacemos con los compañeros: “¿quién se fue de vacaciones?” o “¿alguien se lastimó una vez y le pagaron el día?”. Son derechos adquiridos por el movimiento obrero en la Argentina hace 70 años y para nuestros compañeros es algo totalmente ajeno. Cosas que supuestamente están consagradas: el derecho al trabajo, a la salud, a la educación y a vivir bien.

Entonces no tenemos una visión romantizada del campesinado, como de esa señora del monte en armonía con la naturaleza. Para mí, y para el movimien-



to al que pertenezco, la agricultura familiar es un sector del modelo nacional agropecuario que produce. Que quiere tecnologizarse, producir más, con mejor calidad, de manera agroecológica en muchos casos, y lo queremos hacer mirando al siglo XXI. Creo que ahí es donde no se nos perdona, porque si uno sostiene esa mirada romántica del campesinado deja de ser incómodo, porque ya no disputás. Nosotros somos incómodos porque disputamos. Y entonces vas al periurbano y no te gusta lo que ves, a la sociedad no le gusta lo que ve, prefiere al cocinero de moda vendiendo un producto agroecológico porque eso no disputa. La agricultura familiar logró como sector en los últimos años salir a disputar, salir a decir que estamos acá porque queremos producir los alimentos para el mercado interno, porque somos un sector del modelo agropecuario, y tenemos derecho al crédito, a la tierra, a los factores de producción y tenemos derecho a que el Estado nos garantice esos derechos.

Por ejemplo, con las tecnologías. Por eso digo “mirando al siglo XXI”. No hay una tecnología, se pueden disputar las tecnologías también. Los desarrollos tecnológicos tienen que apuntar al empleo rural, con vida en el territorio, con cuidar la tierra y el ambiente. El desarrollo tecnológico tiene que ir hacia eso deseable, y eso no es el mercado acumulador de capital. Hoy muchas discusiones sobre la tecnología miran hacia el mercado, “hay que acumular capital para

exportar y generar riqueza económica”. Nosotros creemos que se tienen que poner en discusión otras cosas: la sostenibilidad ambiental, social, económica y política, con la democratización de la tierra; porque una sociedad concentrada no es una sociedad democrática, por más que vayamos a votar cada 4 años.

Aunque en algunos discursos aparecen disociadas, la agroecología y la soberanía alimentaria tienen un vínculo íntimo. ¿Cómo entendés esa relación y en dónde sentís que se materializa? ¿En qué experiencias o construcciones?

Para mí, son indisolubles. Igualmente, creo que la soberanía alimentaria puede incluir otras visiones, en términos de que quizás hay prácticas productivas que no se reconocen como agroecológicas, las ancestrales, por ejemplo. El otro día, integrantes de pueblos indígenas nos contaban del manejo del agua a través de ciertas tecnologías propias de los pueblos, y no le decían agroecología. Sé que el movimiento agroecológico no quiere utilizar la palabra como una etiqueta,



sino como un movimiento político donde la gente se sienta contenida, entonces también hay que dar lugar a esos otros que todavía no se ven contenidos.

Nos pasa en el movimiento de mujeres también, donde no todas las mujeres se identifican como feministas; hay campesinas que se identifican como “mujeres que luchan”, “mujeres por la tierra”, quizás no es necesario ponerles a todas la etiqueta de “feminista”, mientras todas vayamos para el mismo lado. Seguro que con la agroecología pasa lo mismo. Sí estar de acuerdo en que esto tiene que ser sustentable ambiental, social, económica y políticamente. Después, decile como vos quieras. Y me parece que es un gran parteaguas, por ejemplo con lo orgánico, que no toma en cuenta estos otros factores. La agroecología piensa en el bienestar de las familias campesinas y de aquellos que van a recibir esos alimentos, sean argentinos o sean chinos, porque creo que donde más se complejiza la discusión es en creer que soberanía alimentaria es solo para el mercado interno y eso es un error. Cuando hablamos de soberanía alimentaria no estamos diciendo que la Argentina deje de exportar alimentos, lo que estamos diciendo es otra cosa, es que el pueblo decida qué produce, cómo lo produce, para quién, cuánto vamos a dejar acá, cuánto se va a exportar y que eso no tenga que ver sólo con el negocio sino con la soberanía alimentaria.

El movimiento campesino y las organizaciones pusimos a disponibilidad alimentos para el pueblo, para los sectores populares de los barrios, en los momentos más difíciles de la pandemia.

Yo tuve la suerte de recorrer algunos procesos en la región en los últimos 10 años y la cuestión alimentaria es central para la soberanía de los pueblos, para su soberanía política. Hoy más que nunca se evidencia la utilización del precio de los alimentos o su disponibilidad como herramienta para socavar la soberanía de un sistema político, hay un montón de ejemplos de esto en la región. Es muy importante la discusión sobre seguridad y soberanía alimentaria, y obviamente la agroecología suma a ese debate.

Esto se vio claramente en la pandemia, cuando los movimientos campesinos tuvieron que responder a esa demanda de la clase media: empezaron a armar bolsones porque la gente no podía salir de su casa y había que llegar con los alimentos a las casas. De repente se armaron redes logísticas que no entendés cómo en dos meses un grupito que hacía 15 bolsones pasó a hacer 400 y desarrolló toda una trama para llegar a la esquina de la casa de la gente.

El movimiento campesino y las organizaciones pusimos a disponibilidad alimentos para el pueblo, para los sectores populares de los barrios, en los momentos más difíciles de la pandemia, a través de los comedores, donaciones y bolsones. Y hubo una explosión de lo agroecológico. Por ejemplo, nos pasó a nosotros que hacíamos 200 bolsones agroecológicos en La Plata y empezamos a tener una demanda de 2000.



Igualmente, para mí la agroecología es una orientación, un horizonte, porque hoy supone un porcentaje muy pequeño de la producción agropecuaria, y eso también lo tenemos que reconocer. ¿Qué porcentaje de la producción de las familias agricultoras supone lo agroecológico? Debe ser menos del 20%, siendo generosa. ¿Y con los otros qué hacemos? ¿Qué hacemos con las familias que aún no pueden hacer una transición, que arriendan y no pueden decidir? Por ejemplo, el sur cebollero: se dice “hay que hacer la transición a la agroecología, a la diversificación productiva”, okey. ¿Cómo hago si cada dos años me cambian de tierra y la tierra está gastada? Si me cobran el arrendamiento en cebolla, ¿cómo diversifico? ¿Tengo que salir a comprar cebolla para pagar el alquiler? Entonces, es una realidad porque existe, pero todavía es un horizonte y bienvenido sea. Trayendo a Galeano: nos sirve para caminar.

Eso a mí no me hace perder ni medio gramo de las fuerzas en que tenemos que lograrlo, al contrario, me plantea dónde está la urgencia, por qué hay que ponerle tanta energía. Porque todavía no llegamos a valores mayoritarios de producción agroecológica. Por supuesto, hay cadenas cortas de distribución en comunidades dispersas donde debe ser 100% agroecológico, pero nosotros te-

nemos el 93% de la población en las ciudades y, ¿cuánto es la población que consume agroecológico?

Claro, es complejo. Acá si querés entra el tema del Estado y la planificación, o su falta. “Agroecología” es una palabra que ganó espacio en la sociedad, pero que necesita para avanzar que se vayan alineando muchas cuestiones, ¿no? ¿Cómo hago la transición, quién me acompaña, dónde comercializo? ¿Cómo hago para que no me saquen de la tierra? Distintas cuestiones...

Por supuesto. Yo creo que la soberanía alimentaria no es algo que le corresponde solo a la Secretaría. Debería ser un Plan Nacional de la Soberanía Alimentaria, un Plan Nacional de Agroecología. Como que el Estado está compartimentado y cada área se ocupa de lo suyo, y yo creo que es un error, porque retrasa los procesos de transformación. Para que un proceso de transformación exista, todos debemos tomar eso como una meta. No quiero volver a la cuestión de las

mujeres, pero eso sucede cuando todo el Estado siente que la transformación hacia la igualdad de género debe ser una meta común. Entonces la incorporación, por ejemplo, de la agricultura familiar, de la soberanía alimentaria, de la agroecología, no puede ser parte de un pedacito.

Sin duda, nosotros tenemos una responsabilidad primaria sobre la agricultura familiar, el Director Nacional de Agroecología tiene una responsabilidad primaria sobre la agroecología. Ahora para que eso sea una política de transformación, debería ser una meta compartida, una política de Estado que va mucho más allá de una estructura institucional y cuántos más sean que se sumen a eso, mucho mejor.

En este gobierno, del 2019 para acá, el tema agroecológico permeó en un montón de estamentos del Estado, y es una buena noticia. Que se discuta sobre la agroecología en Ambiente, en Agricultura, en Desarrollo Social; cuanto más haya a favor de esto, bienvenido sea. Nosotros, como gestión, entendimos que si bien el sector agroecológico es un porcentaje reducido, aún en la situación general del sector, en todos los programas que la Secretaría llevó adelante priorizó a los proyectos agroecológicos: en Asistencia Crítica, en el Programa En Nuestras Manos, en PISEAR¹, en ProCaNor², en el ProTAAL³. En los refugios que estamos financiando para las mujeres víctimas de violencia de género las unidades son agroecológicas. Entonces, como gestión, la agroecología fue desde el día cero una apuesta fuerte y la priorizamos.

Después, como Estado en general, me parece muy positivo que en cada vez más lugares se discuta desde distintas perspectivas: ambiental, campesina agrícola, del desarrollo social. Cuando sea una política de Estado va a ser una herramien-

La soberanía alimentaria no es algo que le corresponde solo a la Secretaría. Debería ser un Plan Nacional de la Soberanía Alimentaria, un Plan Nacional de Agroecología.

ta transformadora, sino va a seguir teniendo una dimensión pequeña. Eso no es de un día para el otro pero va adquiriendo una dimensión. Tiene que ver con algunas discusiones respecto al cambio de siglo y los procesos de transformación de las sociedades, donde la justicia social hoy no puede estar separada de la justicia ambiental y de la justicia de género.

Justamente, hay un debate a nivel de los movimientos sobre si es posible el desarrollo de una perspectiva agroecológica, o incluso de la soberanía alimentaria, desde una gestión que sigue fomentando la agroindustria. De hecho, parece que entramos en una nueva espiral con el impulso a la ley del Consejo Agroindustrial y con una actualización del viejo discurso de la “convivencia” de modelos.

Yo vuelvo a la palabra disputa. El Estado es la expresión de eso que sucede en la sociedad, no es una maquinaria acabada y perfecta, uniforme, sino no podríamos estar compartiendo gestión. Los únicos regímenes que son así son los totalitarios y acá estamos muy lejos de eso. En la democracia hay lugar para las disputas y eso lo vemos en el Estado, como lo vemos en la sociedad, en los medios de comunicación, en la economía. Creo que el Estado, con un gobierno nacional y popular, tiene que servir para darle fuerza a los que menos fuerza tienen. Eso todavía está en debate, por ejemplo. ¿Cuáles son las prioridades? ¿Cuál debería ser el gasto en este momento? Yo creo que debería ser lo que defienda los intereses del pueblo pero no todos pensamos lo mismo y eso también es parte de las democracias. Tampoco las democracias con gobiernos de derecha logran implementar todo lo que desearían, porque hay un pueblo que resiste y lo vimos hace 4 años.

Vuelvo a la palabra disputa. El Estado es la expresión de eso que sucede en la sociedad.

El Estado es la expresión de esas disputas. En un gobierno nacional y popular, la orientación debería ser defender los intereses del pueblo antes que el de las corporaciones. Este es un gobierno de coalición, y es totalmente natural que estas divergencias existan. Nosotros seguimos pensando lo mismo que pensamos el 19 de diciembre, que este tiene que ser un gobierno que priorice a los últimos, que defienda los intereses del pueblo. Yo por lo menos estoy acá para eso.

¿Cómo es para una organización que viene construyéndose y construyendo territorialidad, una narrativa, un proyecto de poder popular por fuera del Estado, pasar a intentar potenciar y desarrollar eso mismo como parte de la gestión de políticas públicas?

Nosotros llegamos acá con el Plan del Buen Gobierno que desarrolló la organización. Ese plan tenía una propuesta política para el 2019 en distintas áreas: justicia, agricultura, urbanización de los barrios, etc. Nosotros recogimos esto del sector participativamente con talleres en los territorios. Entonces, cuando



llegamos al Estado, trajimos eso y sigue siendo una brújula. El 19 de diciembre (de 2019) sabíamos qué había que hacer, no es que nos pusimos a pensar en ese momento, ya llegamos con una planificación de hacia dónde ir. Después eso se adaptó a los recursos disponibles, lenguajes, momentos, disputas, tensiones. Eso que nos habíamos planteado tuvo que ser traducido, pero a partir de esa guía. Y lo otro que sucede es que la conexión con el sector es profunda: nuestros compañeros tienen nuestros teléfonos; yo no necesito hacer una comisión para ir a ver qué le pasa a un productor hortícola de La Plata.

Por otro lado, en una decisión compartida con otras organizaciones, pusimos en marcha el Consejo Nacional de la Agricultura Familiar Campesina e Indígena, y todas las líneas de proyectos y programas que se presentaron en la Secretaría primero se presentaron en el Consejo. Entonces, nuestros compañeros del Consejo sabían todos los programas, los proyectos, cuándo empezaban las convocatorias. Ahora tuvimos la primera reunión presencial por obvias razones, pero el Consejo empezó a funcionar en enero del 2020. Me parece que esas cosas también hacen que la dinámica entre ser organización y ser gestión estén íntimamente impregnadas.

Con Elsa Yanaje, que es la Secretaria de Comercialización, somos miembros de la misma organización y las dos veníamos con este librito: “che, ¿qué hay que hacer?”. Conseguir tractores, proyectos productivos, trabajar sobre la logística, hacer proyectos de comercialización, lograr el monotributo social agrope-

cuario... Vinimos con un listado que no se nos ocurrió a nosotras sino que son las demandas de los compañeros y las compañeras. Eso sufrió modificaciones, tensiones. Y entra la variable de “lo posible” en ciertos contextos, entre lo que parece posible y lo que termina siendo.

En enero del 2020 a nadie se le hubiese ocurrido que podríamos haber lanzado el Programa En Nuestras Manos⁴ y se lanzó, se hizo una convocatoria y ahora estamos por cumplir un año. Uno mira para atrás y hay muchas cosas que faltan, claro. Lo que hicimos fue fruto también del trabajo de las organizaciones porque acá no somos individuos, somos miembros de organizaciones que venimos a la gestión, es muy distinto. Creo que lo más rico es el acumulado que no es propio, sino que es un acumulado colectivo que se pone en juego y los vasos comunicantes que hay con el sector, la capilaridad a la que llegamos.

Lo que hicimos fue fruto también del trabajo de las organizaciones porque acá no somos individuos, somos miembros de organizaciones que venimos a la gestión, es muy distinto.

Don Coto, que es un señor que está en una Escuela de la Familia Agrícola (EFA) en Chaco, desde hace dos años me llama por teléfono; es un señor que a mí me dio una clave impresionante para la gestión: un día vino y me trajo el documento de su tierra y me dijo “fíjate quién lo firma”. El documento era una hoja en un libro de actas, dos carillas que decían: “1946, yo dispongo que el predio entre los puntos tal y tal le corresponden al señor tal, fírmese y archívese”. Firma: Juan Perón. Su abuelo ha-

bía sido parte del proceso de distribución de tierras peronistas y a mí lo que me impactó fue la simplicidad, porque estaba hecho en dos hojas. A veces uno acá mira los expedientes y dice “loco, pero qué complejo” y ahí estaba entregando tierra fiscal con una hoja en un libro de actas rubricada y con una firma del presidente. No es tan difícil.

Se suele decir que la burocracia del Estado es “una máquina de impedir”; me imagino que lo habrás escuchado, y frente a la necesidad de transformaciones este ejemplo está buenísimo, porque cuando hay decisión política algo tan central puede ser simple, en vez de expedientes, firmas, etc. Me parece que ahí también se ponen en juego las velocidades y de alguna manera también quién manda. Es decir, ¿cuál es la dinámica que impregna lo que sucede? ¿50 hojas o es un papelito y una firma?

Una vez participé de una discusión sobre la diferencia entre burocracia y burocratismo. Una cosa es la burocracia, que a veces es necesaria porque son recursos del Estado y uno debe gestionarlos con mucha responsabilidad, con transparencia, con universalidad, tratar de ser lo menos discrecional posible. Y otra cosa es el burocratismo, el pedir papeles por pedir, para “simplificar” el trabajo que debería hacer el Estado. Pero eso pone en dificultades a quien solicita esa política pública. Son capas geológicas de burocracia que van quedando y si

te pones a rasgar te das cuenta que el 90% de la burocracia son “usos y costumbres”. Hay una violencia burocrática, el burocratismo es violento: si yo a un señor que está siendo despojado de su tierra le empiezo a pedir la fotocopia del DNI, del CUIL, la constancia, etc, es violento.

Otra cosa que pasa es que el lawfare impregnó todo. La persecución política a quienes ocuparon cargos ejecutivos en su momento dejó cicatrices también en los técnicos intermedios que ahora gestionan con temor, y ante la duda todo el mundo pide y pide y pide. Esos procesos de lawfare afectaron la institucionalidad de la Argentina, no es solamente la persecución política a Milagro Sala, sino que es decirle al que está ahora: “ojo que cuando ustedes salgan los vamos a ir a buscar”. Me parece que hoy están muy en cuestión las instituciones. La derecha las está poniendo en cuestión, te pone unos locos a gritar que “hay que acabar con el Estado” y uno dice “es un loco”, pero ojo que la gente empieza a estar permeada porque cuando el Estado se corre de los sectores que más lo necesitan, hay una comprobación fáctica de que el Estado no funciona.

Contanos un poco de las cosas que se han podido hacer, los programas que a vos te dan ganas de resaltar aunque sea brevemente. Sobre todo En Nuestras Manos, ahí sí nos gustaría que te detengas un ratito más.

Obvio (risas). Creo que lo que hicimos, por ejemplo, con la recuperación del rol del Consejo Nacional de la Agricultura Familiar es una buena política de Estado. También el Programa de Asistencia Crítica Directa, que es muy complejo de ejecutar porque el Estado nacional no suele atender directamente a los productores pequeños porque hay muchas intermediaciones. Este programa atendió a más de 5000 familias, a las cuales financiamos con casi 90 millones de pesos en un año y medio, y que está dirigido al productor solito que se presentó porque se le prendió fuego algo, porque necesitaba arreglar el tractor, porque se le rompió la bomba de agua. No son grandes números, pero creo que es muy importante tener un programa al cual el productor y la productora puedan acudir, sabiendo que alguien los va a apoyar en su peor momento. Lo pensamos en pos de aquellos en que “está en riesgo su ciclo productivo actual o inmediatamente posterior”. Esa definición es muy potente porque es decirle: esperá, no te vayas, nosotros estamos. El ProTAAL es un gran programa que genera unidades productivas e incorpora puestos de trabajo, generalmente agroecológicos. Su director, Walter Martín, lo trajo y lo puso a disposición de la gestión y hoy hay más de 400 unidades productivas de ProTAAL en marcha, en todo el país. El Semillar también es un gran programa, que va al corazón de una demanda histórica de la agricultura familiar. Es un tema incómodo y en disputa, y que logró instalar la cuestión de la semilla con una propuesta con-

Cada vez que un proyecto se aprueba, hay asesoría técnica, trabajo, discusión, manual operativo de cómo se van a utilizar estas herramientas, esas maquinarias de manera conjunta, un trabajo con esa comunidad, no es llenar una planilla y listo.

creta de trabajo. Y, por supuesto, hay otros que todavía no han visto la luz. Uno que hace poquito se lanzó es el Programa Nacional de Comercialización de Valor Agregado y de Formalización de la Agricultura Familiar, que llevó mucho trabajo de armar pero que estamos seguros que es el punto neurálgico para el sector.

Y el Programa En Nuestras Manos para mí es un orgullo que está recién mostrando un brote. La propuesta la hicimos con las mujeres compañeras de nuestras organizaciones. Ahí está la directora que es Deolinda Carrizo, histórica dirigente del Mocase, con la posibilidad de reconocer el rol de nuestras compañeras tanto en el trabajo productivo como en el trabajo reproductivo. El movimiento de mujeres hizo mucho por el reconocimiento del trabajo reproductivo y de las tareas de cuidado de las mujeres, pero todavía nos falta el reconocernos en nuestro rol en las actividades productivas tradicionalmente consideradas. Entonces, el programa quiere mostrar el aporte inmenso de las mujeres en la producción agropecuaria. Poner en valor eso y garantizar el acceso a la tecnología, maquinarias, insumos, y herramientas para estas mujeres. Nosotras des-



de el momento cero trabajamos con el INTA, con el SENASA, con el Ministerio de Géneros, con gobiernos provinciales, con municipios, con cooperativas, con pueblos indígenas, que están priorizados. Otro logro es que se permitieran grupos “de hecho”, no solamente personerías jurídicas. Porque nuestras mujeres están informalizadas en su condición de trabajadoras individuales y también en su condición de trabajadoras colectivas, las redes de mujeres no están formalizadas, y había que reconocerlas. Y lo hicimos a través de la conformación de grupos de hecho especiales para esta política, que esperemos se formalicen en el transcurso del programa. Ver la formalización, la sanidad y salubridad como un objetivo del programa y no como una condición, eso también fue una decisión de la gestión.

El Programa En Nuestras Manos se lanzó el 16 de octubre del año pasado, un día después del Día Internacional de las Mujeres Rurales y el Día de la Soberanía Alimentaria y no fue casualidad, tiene la fuerza de las victorias del movimiento de mujeres en la Argentina. A mí me honra mucho ser parte de ese equipo, me honra que más de 10 mil mujeres hayan confiado en nosotras para presentar

Con el Programa En Nuestras Manos vamos a producir más y mejores alimentos a través de esas mujeres y eso le va a servir a todos los que estén alrededor de ellas, a los pueblos cercanos y también a las grandes ciudades.

sus proyectos en 2 meses y hoy hay 2700 que están siendo financiadas con este primer ciclo del programa, que equivale a casi 3000 familias de la agricultura familiar. Con un equipo de más de 200 técnicxs, trabajadorxs del Estado que han puesto mucha energía. Cada vez que un proyecto se aprueba, hay asesoría técnica, trabajo, discusión, manual operativo de cómo se van a utilizar estas herramientas, esas maquinarias de manera conjunta, un trabajo con esa comunidad, no es llenar una planilla y listo. Hay mujeres que tienen una asociación hace 20 años y esto les ayuda a seguir trabajando juntas; otras eran vecinas que nunca se habían juntado y decidieron

armar un proyecto colectivo y eso me parece impresionante. Esto es usar la perspectiva de género como una herramienta de trabajo transformadora. Con el Programa En Nuestras Manos vamos a producir más y mejores alimentos a través de esas mujeres y eso le va a servir a todos los que estén alrededor de ellas, a los pueblos cercanos y también a las grandes ciudades. Ojalá trascienda funcionarios y gestiones; que se entienda que el rol de las mujeres es central.

Así como hablábamos de la relación entre agroecología y soberanía alimentaria, ¿cómo sentís que ese vínculo se potencia, se reescribe o se actualiza a partir de los aportes de los feminismos populares campesinos?

Hoy es imposible, y es fruto de la lucha de las mujeres, pensar en procesos de reforma agraria o de justicia social sin justicia de género. Es fruto del movimiento campesino y el feminismo como una herramienta transformadora de la

sociedad en su conjunto, no una herramienta para las mujeres; es una sociedad más justa para todos y todas.

El feminismo nos mostró un camino hacia eso. Yo no era feminista hace 10 o 5 años, me volví feminista en un proceso; respeto a mis compañeras que no se consideran feministas, por eso considero que las etiquetas son cosa del siglo XX.

Hoy es imposible, y es fruto de la lucha de las mujeres, pensar en procesos de reforma agraria o de justicia social sin justicia de género.

Tenemos que construir una utopía, un proyecto político, que nos incluya a todos y a todas, no lo digo en términos de que tan amplio es la nada, sino con propuestas concretas. Por ejemplo, la igualdad de género es una propuesta concreta que construye su horizonte político; la sustentabilidad ambiental y la agroecología también. El feminismo le aportó mucho a todo esto. El Ni Una Menos fue eso: podemos estar en desacuerdo en un montón de

cosas pero estamos de acuerdo en que nos están matando, sí. Entonces listo, hay que salir, eso es trascendental, por eso fue un antes y un después en la Argentina ese 3 de junio, porque encontró la clave donde construir el horizonte: no nos pueden matar más.

El movimiento de mujeres, el feminismo, transformó a la sociedad argentina, la está transformando, y por supuesto nos transforma a nosotros, al sector de la agricultura familiar también. Visibilizó que la utilización del cuerpo de las mujeres por el sistema capitalista, la explotación de ese cuerpo, es la misma que se hace sobre la naturaleza, la lógica es la misma. Para mí fue un momento clave el asesinato de Berta Cáceres, por ejemplo. Ví plasmado en un momento esas dos luchas y entendí que el movimiento campesino tenía mucho para decir sobre el movimiento de mujeres y viceversa. Y con el movimiento ambiental lo mismo.

Nosotros, en la organización, hacemos un ejercicio que es el hilo rojo, el hilo rojo de la historia, y ahí nos vamos planteando las luchas campesinas históricas en la región y en la Argentina, porque nos parece que lo peor que le puede pasar a una organización es olvidarse que somos hijos de otras luchas y saber que somos un eslabón, que nada empieza ni termina con nosotros. Entonces, la lucha de las mujeres y la lucha por la agroecología son parte de ese hilo rojo. En otras épocas tenía otros nombres, ahora se llama buen vivir, o para el peronismo se llama justicia social y para nosotras feminismo. Pero eso es el hilo rojo, donde el pueblo define que quiere un mundo mejor, para todas y todos y no para unos pocos. En ese hilo rojo de luchas populares está el movimiento de mujeres, la lucha campesina y la lucha ambiental.



Para un final más lúdico, menos conceptual, te trajimos un pan de tierra de un campo agroecológico para que nos cuentes qué te despierta o qué te convoca...

Me despierta amor, cariño, respeto también. A la tierra uno le tiene que tener respeto y saber que está llena de vida, que no es algo inerte, sino que está llena de vida y hay que preservar esa vida. Lo único que haría es tenerla en las manos... y que la tengan todos y todas.

Referencias

- 1 PISEAR – Proyecto de Inclusión Socio-Económica en Áreas Rurales
- 2 Programa de Inserción Económica de los Productores Familiares del Norte Argentino
- 3 Programa de Promoción del Trabajo, Arraigo y Abastecimiento Local
- 4 Plan Integral para las Mujeres de la Agricultura Familiar Campesina e Indígena:
<https://magyp.gob.ar/ennuestrasmanos/>

¿QUÉ ES PARA VOS LA AGROECOLOGÍA?



LA SOBERANÍA ALIMENTARIA ES EL DERECHO DE LOS PUEBLOS A DECIDIR SOBRE SU PROPIO DESTINO. QUÉ PRODUCIR, CÓMO PRODUCIR, PARA QUIÉNES Y PODER SER LIBRES, Y SE JUNTA CON LA AGROECOLOGÍA EN EL MOVIMIENTO CAMPESINO Y EN LA ECONOMÍA POPULAR. PRODUCIENDO ALIMENTO PARA LOS QUE MÁS LO NECESITAN, ALIMENTOS SANOS, SEGUROS Y SOBERANOS.



El material que compone el proyecto “**Agroecología: desafíos y tensiones frente a un paradigma en crecimiento**” es realización de Huerquen, comunicación y colectivo, y Acción por la Biodiversidad, con el apoyo de la Oficina Cono Sur de la Fundación Heinrich Böll.

CRÉDITOS:

Entrevista:

Facundo Cuesta, de Huerquen comunicación en colectivo

Fotografía:

Rodrigo Lendoiro, de Huerquen comunicación en colectivo

Diseño gráfico:

Sebastián D’Amen

Coordinación y revisión:

Acción por la Biodiversidad

Huerquen
Comunicación
en colectivo



HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG
CONO SUR